

Profesora de Historia de la Comunicación Social. Universidad de Valladolid. Facultad de Ciencias Sociales, Jurídicas y de la Comunicación. 40001 Segovia.

Ideas que hacen escribir. Los comienzos de José Jiménez Lozano en los periódicos (1956-1969)

Ideas wich lead to writing. The beginnings of José Jiménez Lozano in the newspaper (1956-1969)

Recibido: 9 de marzo de 2010

Aceptado: 12 de abril de 2010

RESUMEN: El debate sobre el acceso al periodismo, si debe restringirse a los egresados de las facultades o no, encuentra un escollo en las trayectorias de quienes han dejado una clara impronta en el periodismo español reciente. José Jiménez Lozano, licenciado en Derecho, escritor de reconocido prestigio internacional, fue periodista de profesión. La recurrida polémica sobre el parentesco entre periodismo y literatura es siempre actual: se afirma, se niega, se señalan sus diferencias y se quiere encontrar cuál de ellas precede a la otra. Ambas actividades tienen en común muchos elementos. Para empezar, su detonador, ese anhelo que empuja a ciertas personas, a expresarse por medio de la pluma y de hacerlo no en el ámbito privado o de las amistades, sino en las ágoras que las sociedades crean. Entre ellas, el periódico. Periodista y escritor son, ante todo, comunicadores. En su escritura vuelcan su modo de ver la realidad. Advierten sobre ciertos peligros, denuncian actitudes y engaños, aportan conocimientos, esbozan remedios. La pregunta sobre la relación de periodismo y literatura se torna más interesante cuando se abandona el corsé de las teorías y la mirada se detiene en el escritor en singular o en el periodista, con nombre y apellidos. En su obra concreta es donde se podría

ABSTRACT: *For students of Journalism in university departments of communication there exists a debate to what the curriculum should be limited too. There are a long list of illustrious personalities from contemporary journalism that make it difficult to easily define the boundaries or limits of study. One of these is José Jiménez Lozano, although he studied to be a lawyer the internationally renowned writer was a journalist by profession. What are the similarities between journalism and literature? Could a writer be a journalist and a journalist a writer? An analysis of his first works in the newspaper El Norte de Castilla, the themes of his writings and how he addresses these themes will help to offer some answers to these questions.*

Key words: *Journalism, literature, writer, José Jiménez Lozano.*

intentar trazar la línea que defina lo que es periodismo y lo que es literatura, o determinar qué faceta de la persona lleva a la otra. El estudio del inicio del trabajo periodístico de Jiménez Lozano intentará responder a esta pregunta: ¿por qué José Jiménez Lozano se convirtió en periodista? A través de las inquietudes que reflejó en sus primeros años de escritura periodística, se intentará descubrirlo.

Palabras clave: periodismo, literatura escritor, José Jiménez Lozano.

A mediados de los años cincuenta del pasado siglo XX, José Jiménez Lozano se trasladó con su familia desde Langa, en Ávila, a un pueblo de la provincia de Valladolid, Alcazarén. Tras licenciarse en Derecho, preparaba los exámenes de Judicaturas, cuando un día envió unos artículos al diario vallisoletano *El Norte de Castilla*. Su director, Miguel Delibes, reconoció el talento que se escondía tras aquellas páginas y lo publicó. Era el inicio de una larga amistad y de un nuevo camino profesional para el joven opositor que escribió, *in crescendo*, para el periódico: firmó columnas –“Ciudad de Dios” y “Mano Abierta”–, envió crónicas desde Roma cuando se celebró el Concilio Vaticano II y se encargó, junto con otros jóvenes, de “El Caballo de Troya”, un suplemento inaugurado en la década de los sesenta. En 1965 Delibes consiguió contratarle como redactor e incorporarle de manera definitiva al diario. En él permaneció toda su vida profesional, hasta 1995. En 1978 fue nombrado subdirector y director en 1992.

Sus primeras colaboraciones periodísticas en *El Norte de Castilla* se publicaron en el suplemento “Las Artes y las Letras” y en la columna “Ciudad de Dios”. Los escritos de ambas secciones servirán para descubrir cuáles fueron los temas de los que trató Jiménez Lozano y a través de ellos conocer las motivaciones que le impulsaron a iniciar su escritura en periódicos.

1. “Las Artes y las Letras”

A mediados de los años cincuenta del siglo XX, Miguel Delibes –que había sido laureado con el Premio Nadal y ocupaba el cargo de director interino– puso en marcha un suplemento dominical titulado “Las Artes y las Letras”. Fue un lugar de encuentro de buenas plumas vallisoletanas, algunas de reconocido prestigio y otras en camino de obtenerlo, unos jóvenes y algunos

ya maduros. Entre ellos se encontraban poetas enmarcados en la generación del 27 –Francisco Pino y José M^a Luelmo impulsaron iniciativas poéticas de vanguardia desde la década de los 30–, otros galardonados en diferentes ocasiones, como Manuel Alonso Alcalde, novelistas como José Luis Martín Descalzo o el propio Miguel Delibes. Algunos más jóvenes –Julián Marías y José Jiménez Lozano– iniciaban su andadura literaria a la par que de pensadores. Muchos de ellos comenzaban una dilatada carrera periodística: Francisco Umbral, Javier Pérez Pellón, César Alonso de los Ríos, Manuel Leguineche, etc. En conjunto, en el modesto panorama del periodismo local, “Las Artes y las Letras” brillaba por su buena escritura. La de Jiménez Lozano quedó de manifiesto en los 28 artículos publicados, desde agosto de 1956 hasta el 27 de julio de 1969. El primero de ellos lo tituló “Llanto junto al Arno. Responso para Giovanni Papini”. Se trataba de un comentario a raíz de la muerte del pensador italiano. En algunos de sus párrafos se vislumbraba ya la talla de quien los rubricaba, en aquel momento, un joven de 26 años.

Estos son los hombres no sobornados por la civilización técnica de que nos hablaba Ortega a la muerte de Max Scheler, gracias a los cuales nos amanece cada alba con los dedos tan rosados como en los poemas homéricos. Nos amanece después de cada tiniebla de estupidez y de barbarie, de infrahumanismo, de frivolidad y de mentira. [...]. ¿Quién es tan extraño, tan lejano, tan ingrato, tan inconsciente que hoy no lllore en Toscana, junto al Arno, al gran muerto que tenemos en la gran casa del mundo?¹.

En tan breve espacio, se desvelaban los gruesos hilos con los que su pensamiento, en plena maduración, se tejía. Rezumaba una gran fuerza, un convencimiento cimentado de manera sólida: Papini, Ortega, Max Scheler y Homero encontraron hueco en esas cuatro líneas. A través de las referencias a esos hombres del pensamiento y la cultura, demostraba que sus palabras no surgían de un impulso, del calentón de una inspiración, sino como fruto de la lectura y del estudio. La firmeza con la que exponía su pensamiento tenía su equivalencia en la forma con la que se expresaba en la que se combinaba la fuerza y la escritura serena, sin estridencias, ni de palabras altisonantes. Se puede apreciar en ella un estilo clásico, en el sentido de universal, atemporal. En cuanto a su contenido, ofrecía una crítica sin paliativos hacia la “civilización técnica”, “la estupidez, la barbarie, el infrahumanismo, la frivoli-

¹ JIMÉNEZ LOZANO, José, “Llanto junto al Arno. Responso para Giovanni Papini”, *El Norte de Castilla*, 19-8-1956, p. 3.

dad y la mentira”. ¿A qué se refería al hablar de “civilización técnica” en el año 1956, cuando todavía la sociedad española se encontraba en un momento de escaso desarrollo técnico? ¿Cómo se explica que una persona joven despreciase la “civilización técnica”, un modo de vida que sin duda se presentaría como la forma civilizada, adelantada de vivir? ¿De dónde había sacado ese modo de decir? ¿Le vino de influencias externas o se trata de algo propio?². ¿Dónde alimentaba su alma para expresarse con ese tono de autoridad y condena hacia la medianía intelectual y vital? Una salva de preguntas que se disparan ante el primer artículo periodístico en *El Norte de Castilla*.

¿Qué ocurre con el resto de sus escritos en “Las Artes y las Letras”? Se puede sintetizar su contenido en torno a tres líneas argumentales: la definición del concepto del intelectual, el papel del cristianismo en la sociedad y la denuncia de ideologías fraudulentas.

1.1. *Concepto del intelectual*

En sus primeros escritos expuso los rasgos que, a su juicio, definían al intelectual. El primero de ellos y de manera evidente, era la dedicación al estudio, la inversión de tiempo en conocer las cosas y a los hombres, a pesar de que en no pocas ocasiones, esta tarea no comportase beneficios lucrativos ni de consideración social. Lo afirmaba glosando la figura de Azorín de quien, cuando era estudiante de Derecho, decían las gentes que no haría carrera de registrador o de notario, porque “callaba mucho y observaba”³. Con estas palabras, José Jiménez Lozano se estaba autorretratando. Tenía 28 años, había acabado la carrera de Derecho y se preparaba para instalarse en la sociedad como profesional de tales estudios, una profesión que en el fondo no le atraía mucho. Al igual que Azorín, gustaba de la observación, el pensamiento y la escritura.

En segundo lugar, la labor del pensador debía guiarse siempre por la búsqueda de la verdad. Ella sería la brújula que le conduciría a buen puerto, superando todos los escollos que se interpusieran en el camino. Estos surgen de algo intrínseco a la tarea de pensar: abrir nuevos caminos no resulta una tarea fácil, tanto por el trabajo en sí mismo, como por la falta de comprensión social. Con frecuencia se levanta la incompreensión alrededor, es algo que de-

² Un pequeño dato sirve para situarse: 1956 fue el año de la creación de Televisión Española.

³ JIMÉNEZ LOZANO, José, “La fiesta de los ‘guardadores del pan’”. Diálogo de un santo y dos filósofos”, *El Norte de Castilla*, 30-3-1958, p. 3.

be asumir quien se dedique a ello. “La condición del pionero comporta el riesgo del compromiso”⁴.

Junto a la seriedad en el trabajo y la especial relación que el pensador adquiere con el conocimiento y la verdad, Jiménez Lozano destacaba la condición de precursor. Para explicitarlo comentaba el caso de Teilhard de Chardin, un avanzado intelectual, incomprendido en el seno de la Iglesia. Sin embargo, él no cedió ante lo que consideraba que era su doble vocación: la de intelectual y la de jesuita. Hizo compatible sus investigaciones y su fe. A los tres años de su muerte, Jiménez Lozano le recordaba con admiración, calificándole como un adelantado de su tiempo,

la historia de la Cristiandad no va a dejar ya la impresión triste de ser la historia del oportunismo y las claudicaciones y las rémoras ante el espectáculo de las conquistas más valiosas del espíritu humano⁵.

Desarrollar estas actitudes suponía obstinarse en el trabajo, valentía para asumir los peligros y fortaleza para cumplir con las propias decisiones, notas esenciales en el pensador y que él aplicaba a todo aquel que quisiera cumplir bien con la tarea de ser hombre. Por ello, al defender la rectitud de pensamiento del intelectual, defendía al mismo tiempo la de todas las personas, pues junto a la coherencia la consideraba como uno de los grandes valores del hombre. La vida de Unamuno le sirvió de altavoz de esta idea. Lo hizo al contestar al segundo tomo de *Literatura y cristianismo* del P. Charles Moeller, en el que hablaba de la ausencia de inquietud religiosa en el escritor. Jiménez Lozano no negaba que hubiese perdido la fe, pero ello no significaba que su vida no fuera religiosa, ya que consistió en una lucha angustiada por encontrar una religión personal. En contrapartida señaló la incoherencia y frivolidad de quienes, en su misma época y desde polos opuestos, no optaron por desarrollar un pensamiento coherente.

Se toma en serio el problema religioso cuando, en nuestra Patria y de modo general, los intelectuales se dividían en intelectuales católicos devotos, bastante ignorantes de su credo, e intelectuales aparatosamente laicos e infinitamente más ignorantes del cristianismo, que despreciaban la cuestión religiosa, considerándola indigna de hombres “cultos”. Precisamente Unamuno llamaría inculto a todo aquel que no siente el problema religioso –el único problema en realidad– y todo el Unamuno de carne y hue-

⁴ *Ibidem.*

⁵ *Ibidem.*

so se levantaría de su tumba si oyese todas estas interpretaciones antirreligiosas de sus pensamientos⁶.

Con estas palabras, él mismo revelaba la rectitud y coherencia de su pensamiento, pues sentía la necesidad de levantar la voz frente a lo que consideraba simples remedos. Reflejaba al mismo tiempo, la seguridad que poseía en sus conocimientos, pues desde ellos y no desde una cátedra reconocida –a sus 30 años, su escritura todavía no lo era– contradecía sin pedir disculpas, las obras con las que no estaba de acuerdo. En este amplio marco, destaca la fuerza con la que expresaba la compatibilidad entre la ciencia y la fe, uno de los temas estrella de la cultura de aquel momento. Se congratulaba al encontrar personas capaces de compaginar la sed de saber con la fidelidad a su fe cristiana, pues ambas inquietudes no siempre habían ido de la mano a lo largo de la historia y se le antojaba que tampoco sucedía así en el panorama de la cristiandad española.

A propósito de este combate escribió un artículo de respuesta a la alabanza que *El Norte de Castilla* había realizado de la obra Galileo de Bertold Brecht. Jiménez Lozano afirmaba que si en un primer contacto con el caso Galileo el escándalo se levantaba y se podría afirmar que la Iglesia había dificultado la investigación científica. Sin embargo, el asunto no había sido tan sencillo como para resumirlo en ese enunciado.

Fue un diálogo de sordos: una verdad científica contra una verdad religiosa, una mezcla de ambas, un colosal malentendido. Galileo tenía razón, y la razón estaba también de parte de sus jueces, pero no había entonces perspectiva suficiente para separar las cosas. A estas alturas, sin embargo, un combate entre Dios y el Sol no puede ser tomado en serio, es literatura nada más. Como en Bertold Brecht⁷.

Para acompañar sus argumentos, añadió otras reflexiones de corte histórico. Bertold Brecht se equivocaba por completo cuando calificaba a Galileo de revolucionario y defensor de un nuevo orden social pues, añadía el joven Jiménez Lozano, al hombre de aquella época, al renacentista, no le preocupaban esos temas, sino otros –la belleza, el poder, el placer– que en absoluto

⁶ JIMÉNEZ LOZANO, José, “Un breviario de la esperanza”, *El Norte de Castilla*, 6-10-1960, p. 3.

⁷ JIMÉNEZ LOZANO, José, “San Galileo, mito y mártir”, *El Norte de Castilla*, 16-4-1961, p. 3

beneficiaban a los pobres, sino a los más ricos. En estas palabras se vislumbra su concepto sobre la historia, en la que además parecía mostrarse ducho. Rechazaba que se alzase a la ciencia como la nueva religión.

Si además se está inspirado por cierta mística cientista, se entroniza a San Galileo en el corazón y si se lee a Bertold Brecht, su obra “Galileo” se le hace revolucionario contra la Iglesia feudal. [...] Galileo como muchos otros en el pasado fueron personas que se vieron confrontadas a compaginar su doble faceta de cristianos e intelectuales y que, aunque sufrieron la falta de comprensión por parte de algunos eclesiásticos, no ahogaron las luces de su inteligencia⁸. [...] Convendrá centrar las cosas y plantearlas en su perspectiva justa [...]. Ahora las cosas ya están bastantes claras. El Sol es el centro de nuestro sistema, Dios el centro de todos, San Galileo es sólo un dios de sectarios o de románticos, Galileo fue un hijo de la Iglesia que aceptó la condena y sostuvo la verdad científica, una ejemplar figura⁹.

Sí. El intelectual cristiano se topaba alguna vez con una especie de barrera que le señalaba el peligro, el vacío donde su fe podía perder pie. La propia Iglesia proponía esas defensas que el joven periodista criticó en diferentes ocasiones. Sin embargo, también reconocía su función. En la muerte de Pío XII, en 1958, negó que fuera un repartidor de anatemas, como algunos estaban comentando. En el desempeño de su ejercicio, explicaba, al Papa le atañía el lanzar advertencias al intelectual, pues este era la oveja que, por su propio oficio, pasaba con más frecuencia las fronteras y necesitaba el silbo amoroso del pastor para que no se alejara del redil. Pero ello no significaba su condena, como tampoco la alabanza de la actitud perezosa o cobarde de otras ovejas.

Todos los que sin previa información acusan de oprimido y dictado al pensamiento cristiano; de todos lo que viven dentro de la Iglesia tan acogedoramente, que todo lo esperan recibir hecho, dogmatizado, seguro, sin apartarse un minuto de la materna falda, en celeste nirvana¹⁰.

Una muestra clara de toda ausencia de aquiescencia con este tipo de actitudes conservadoras rayanas en la cobardía y la comodidad. Afirmaba la fal-

⁸ Sobre ambos personajes escribió con cierta asiduidad en otras publicaciones, como en *Destino*, manteniendo un discurso hasta cierto punto diferente al expuesto en estos artículos de *El Norte de Castilla*.

⁹ JIMÉNEZ LOZANO, José, “San Galileo...”, *op. cit.*, p. 3

¹⁰ JIMÉNEZ LOZANO, José, “En la muerte de Pío XII. El Papa y la aventura del intelectual cristiano”, *El Norte de Castilla*, 19-10-1958, p. 3.

sedad que encerraba el pensar que la libertad y la verdad conducían al pensador fuera de la Iglesia. Con la rotundidad de sus 28 años afirmaba que el pensamiento cristiano es el único pensamiento libre de la tierra¹¹.

Es más, en el hecho de ser cristiano, Jiménez Lozano encontraba la mejor tierra donde se podía plantar la raíz de la tarea del intelectual que exigía un crecimiento constante en virtudes –exigencia, veracidad, lealtad, etc.– y un esfuerzo renovado de valentía.

La misión del pionero de la verdad y de la justicia es inseparable de la condición de cristiano. Cristo habló de luz sobre el candelero y sal de la tierra, pionero es la traducción moderna, incisiva de ese decir que pudiera antojársenos simplemente bello, porque todo el Evangelio está en un tris de irse en estético goce para nuestros finos paladares de hombres occidentales, cultos. Y ser luz, ser sal, ser pionero, estar al filo del pensamiento más último, de la acción más comprometida es lo que nos había sido arrebatado¹².

A los 28 años parece que el autor ha logrado una síntesis entre cultura y fe digna de la madurez: pionero de la verdad y sal del mundo, dos modos de expresar una misma realidad. Con sus palabras pretende sacudir los adormecimientos de los hombres, tan duchos en cubrir la verdad con ropajes que contrarrestan su fuerza.

1.2. *Papel dinamizador del cristianismo en la sociedad*

Si José Jiménez Lozano erigía la figura del intelectual como la del tipo de hombre modelo para la sociedad y este bebía en las profundas raíces de la verdad, este no podía estar lejos del cristianismo. Con la pasión de la juventud se alimentaba de autores contemporáneos y de la lectura o conocimiento de la historia y expresaba su profundo convencimiento sobre dónde se encontraba la verdad que podía guiar la historia de los hombres.

El mundo y sus grandes parecen olvidar lo que bien sabían Nerón y Diocleciano: que nosotros llevamos en nuestro corazón una trilita millones de veces más potente que todas las bombas de hidrógeno, y los políticos y poderosos no soportarían una sola hora de libertad, de auténtica, verdadera

¹¹ *Ibidem*.

¹² JIMÉNEZ LOZANO, José, “Los pioneros del cristianismo. La aventura del P. Teilhard de Chardin”, *El Norte de Castilla*, 29-4-1958, p. 3.

verdad de las que en el mundo de hoy somos los únicos garantizadores contra todas las políticas de derechas o de izquierdas, del centro o de los ángulos. [...].

La verdadera historia de la Iglesia la leeremos allá arriba a la par que la verdadera historia del mundo. Pero sabemos que nosotros somos los personajes más importantes de esas historias, nosotros, el último de nosotros que creemos en El¹³.

Mostró su oposición total a una vivencia del cristianismo que no adoptase la radicalidad que le era propia. Con el fragor de sus 29 años hizo suyas unas palabras de François Mauriac

convertirse es desclasificarse, como un inglés le dijo agudamente a François Mauriac. Desclasifícaos, pues, si os atrevéis. Mientras tanto perteneceréis a la filosofía cristiana o a una orden de caballería más o menos bonita que otras pero no pertenecéis a la Iglesia. Ved que no somos una potencia sino una debilidad¹⁴.

Con el sugerente título de “Nuestra estirpe de desvalidos”, en 1959 reflexionaba sobre las débiles condiciones en las que nació la Iglesia: en una pobre casa en la que se habían encerrado doce hombres porque tenían miedo, pero donde fueron transformados por el Fuego impetuoso. Ese papel de pequeñez, de impotencia es el que le gustaba resaltar a Jiménez Lozano. Era la señal de que, tras aquellos hombres, se encontraba una fuerza misteriosa y superior: en ellos y en su continuidad, los cristianos de todos los tiempos. Por contraste con aquellas condiciones de debilidad, aludía al Edicto de Milán que, tres siglos más tarde, ponía un punto final a la persecuciones de los emperadores romanos contra el cristianismo. Significaba para él, la pérdida de la esencia de esa religión, basada en lo pequeño, en lo oculto e incluso en la persecución: “Sacó a los cristianos de su lugar natural: la cárcel, la catacumba, puso a la Iglesia un manto de matrona y la hizo ingresar en la ‘carrera de los honores’”¹⁵.

Lejos de él la propuesta de una respuesta única para los problemas de la sociedad. Huía de la tonalidad confesional con la que se pretendía, a veces, camuflar la ausencia de sustancia cristiana.

¹³ JIMÉNEZ LOZANO, José, “Nuestra estirpe de desvalidos”, *El Norte de Castilla*, 23-6-1959, p. 3.

¹⁴ *Ibidem*.

¹⁵ *Ibidem*.

Ustedes conocerán probablemente otras boticas en donde se expenden igualmente unguentos católicos. Hay verdaderos especialistas; y cuando el adjetivo católico ha llegado a adquirir tal reluctancia mundana como entre nosotros, se da el tipo del católico inquisidor que por su propia cuenta y riesgo toma a su cargo el definir pata todos lo que es una política católica, una novela católica, un teatro y un cine católicos, un periódico católico y hasta, y sobre todo, un uniforme católico¹⁶.

Lo hacía desde la pequeña atalaya de la experiencia vital de sus 29 años y el trampolín que le ofrecían sus múltiples lecturas. Esta vez citaba a Leon Bloy quien comenzó a escribir en el periódico de Louis Veuillot y sentía asfixia por “la utilización del adjetivo católico con frivolidad, con aire inquisidor y no para despertar las conciencias”¹⁷, explicaba.

1.3. *La inconsistencia de las ideologías*

Mostró los vacíos de las ideologías en el amplio espectro que iba desde el comunismo¹⁸ a la ostentación de actitudes o teorías ateas como la de Thomas Henry Huxley que sustituía a Dios por la ciencia. El empeño por erradicar a Dios de la vida de las personas y de la sociedad se manifestaba de manera grosera en la URSS, donde se jactaba ante la prensa extranjera, cómo lo iban consiguiendo por el método de convertir las iglesias en granjas o en museos. Pero también mostró el vacío de una tibia vividura¹⁹ cristiana, burguesa, que no se tomase en serio la mejora de vida de los necesitados. El interés por los más pobres y por la justicia de Simone Weil la convertía en referencia.

Es desde luego necesario que el político y el economista se ocupen primordialmente de esta cuestión social y que lo hagan no en términos de búsqueda de la paz de la república de orden a ella, sino para asentar la propia convivencia del grupo sobre la justicia: es necesario que al comunismo y al socialismo y al laboralismo y al corporativismo se les opongan otras cosas más que no sean puras críticas; es preciso tratar de buscar nuevas soluciones.

¹⁶ JIMÉNEZ LOZANO, José, “Una vieja historia. Dos espíritus y su descendencia”, *El Norte de Castilla*, 1-2-1959, p. 3.

¹⁷ *Ibidem*.

¹⁸ JIMÉNEZ LOZANO, José, “San Galileo...”, *op. cit.*, p. 3.

¹⁹ Empleo el término “vividura” a pesar de no encontrarse en el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, por ser de gran estima y muy utilizado por el autor.

[...] una operación quirúrgica que hay que practicar ahora por todos los medios sin dilación de un minuto.
 [...]. Y que la preocupación por instaurar otras estructuras sociales no sea una vez más otra impostura que nos permita dormir en paz²⁰.

Hacia el año 1968, cuando el mundo se encontraba inmerso en un tenso equilibrio de fuerza entre los dos bloques que protagonizaba la Guerra Fría, el americano y el soviético, publicó unas profundas reflexiones sobre el papel de las ideologías cuando cristaliza en modos de gobierno. España, aunque se mantenía fuera de juego del escenario internacional, era testigo de aquella conflictividad larvada. José Jiménez Lozano se acercó al problema desde una perspectiva más bien filosófica. Lo hizo alabando la actitud de un pensador, Karl Jaspers, que destacó por oponerse al nazismo del que fue coetáneo. Tras su caída, continuó levantando la voz contra lo que consideraba un fraude en el paso hacia la democracia: el marxismo. Decidió abandonar su país y renunciar a la nacionalidad alemana.

El nacionalismo y la exasperación burguesa están endormeciendo a la sociedad alemana que puede volver a encender los hornos crematorios. Lo compara con el plato de lentejas no solamente se le arrebatara la primogenitura a las gentes sino que trata de engordárseles para el matadero²¹.

Jaspers alertaba sobre el concepto de democracia como mero triunfo del capitalismo²². Reclamaba de las sociedades un marco espiritual maduro para que se pudiese hablar de progreso. Vivir en democracia exigía como fundamento ético y metafísico, la convivencia entre todos los hombres. El Estado debía en primer lugar reconocer la autonomía primordial de la persona con respecto a toda forma de poder político.

1.4. Rasgos comunes

Junto a las grandes líneas argumentales, los veintiocho artículos aparecidos en “Las Artes y las Letras” presentan unos rasgos en común. Cabría señalar, en primer lugar, la calidad de su escritura y la profundidad de sus argumentos. Aparece enseguida la constante referencia a las voces autorizadas del

²⁰ JIMÉNEZ LOZANO, José, “Demanda contra los cristianos. El testimonio de Simone Weil”, *El Norte de Castilla*, 1-9-1957, p. 3.

²¹ JIMÉNEZ LOZANO, José, “Jaspers huye de Alemania”, *El Norte de Castilla*, 7-1-1968, p. 15.

²² KOVADLOFF, Santiago, “Suplemento Cultura”, *La Nación*, 20-7-2002, p. 1.

momento: Teilhard de Chardin, François Mauriac, Georges Bernanos, Simone Weil, Leon Bloy, etc. La resonancia francesa de estos nombres indica el lugar por el que le iba llegando el alimento intelectual. En común también tenían su profundo catolicismo, aunque practicado desde posturas distintas, varias de ellas cercanas a la rebeldía. Jiménez Lozano, más que detenerse en su obra literaria o filosófica, proponía el ejemplo de sus vidas como modelo de vida para el ciudadano español. Desde el espíritu pionero de Teilhard de Chardin, el acercamiento a los más necesitados de Simone Weil, o a la insoportable actitud de Bernanos²³ que para lograr escribir la verdad sin compendios renunció a cuanto pudiera atarle, como los cargos en la Academia o en el Ministerio, aunque aquello significase más esfuerzo por sacar adelante a sus seis hijos. De la mano de ellos, glosaba el contenido de la tarea del intelectual, al tiempo que criticaba la pereza mental y la crítica sin fundamento, medida, ni piedad que se realizaba en España hacia quien osase pensar de modo diferente.

Junto a ellos, comenzaron a aparecer en sus escritos personajes españoles, muchos de ellos de condición sencilla o que presentaban algún aspecto de debilidad. Este fue el caso de una mujer. No se trataba de una reina, sino de una religiosa, Teresa de Ávila. En un original artículo se la imaginaba viajando a Nueva York²⁴ para pedir un plan Marshall al presidente de los Estados Unidos con el fin de fundar más “palomarcitos”. A la vuelta de su periplo americano, Teresa mostraba su asombro de que “el hombre necesite tantos cachivaches”²⁵. Se trata de un texto curioso, revestido de cierta ingenuidad, donde el joven autor despreciaba el modo de vida consumista reflejado en el país americano, algo que todavía no se conocía en España. Faltaban todavía un par de años para que se pusiera en marcha el Plan de Estabilización y con él, el inicio de un ciclo de industrialización y prosperidad que traería como consecuencia el cambio en los modos de vida de la gente. La referencia a un estilo de vida que proponía el consumo como la panacea para la felicidad del hombre, quizá respondiese a la imagen exportada desde los Estados Unidos, el país que representaba la prosperidad, y que se propagaba a través de las pantallas de los cines y los televisores, que comenzaron a populari-

²³ JIMÉNEZ LOZANO, José, “El hijo del trueno y la alegría. Recuerdo de Georges Bernanos”, *El Norte de Castilla*, 6-7-1958, p. 3.

²⁴ Es inevitable el recuerdo a la novela *Caperucita en Manhattan* de Carmen Martín Gaité, Ed. Siruela, 1992, aunque entre ellos no parezca que exista ninguna relación, dada la distancia que les separa en su publicación y en el género.

²⁵ JIMÉNEZ LOZANO, José, “De la Quinta Avenida a la Encarnación de Ávila”, *El Norte de Castilla*, 27-10-1957, p. 3.

zarse por esos entonces. En este artículo, Jiménez Lozano no recurrió pues a la voz autorizada de los intelectuales franceses, sino a la de Teresa de Jesús, que reunía cuatro condiciones –mujer, española, monja y mística– que, sin duda, están revestidas de significado.

Otro personaje español que traía a colación con cierta frecuencia y que presentaba también un perfil bajo fue Luis Candelas, el bandido madrileño del siglo XVIII. Su deambular por las páginas de “Las Artes y las Letras” muestra el virtuosismo del conocimiento histórico de Jiménez Lozano: sacaba a relucir entresijos de aquella historia en un intento de desentrañar el sentido de España y de ser español. Esto será algo que se manifieste también en otros artículos en los que demuestra un conocimiento exhaustivo de ciertos personajes, como por ejemplo Gumersindo de Azcárate.

Pero también se asomaron desde estas páginas, hombres de la cultura de la España contemporánea. Algunos cercanos a él, como Amando Represa²⁶, autor vallisoletano que acaba de publicar *Valladolid entre ríos*, o un reciente libro sobre Maragall, de quien afirmaba que era un desconocido por los españoles a la par que afirmaba sobre él, de forma categórica: “Como cristiano resulta además la única voz española que resulta profética de lo que luego ha de ser el espíritu del Vaticano II”²⁷.

Otros eran de la talla del ilustre pensador Ortega y Gasset, a quien agradecía su esfuerzo por dignificar el periodismo y el haber agrandado la mentalidad de sus coetáneos, al darles a conocer a nombres hasta entonces desconocidos en España.

Ortega era un periodista nato y dignificó esta parcela del quehacer literario, hasta redimirla de lo que fue hasta entonces entre nosotros: ingeniosidad polémica en el mejor de los casos, cuando no afilada espada de rencores o pura inmundicia espiritual volcada en cada plana contra el enemigo político. Es verdad que Ortega tuvo siempre una visión aristocrática de todo, pero de todas formas es siempre preferible tratar de hablar de Platón al iletrado, porque a lo mejor acaba entendiéndolo y muy bien, como pensaba Machado.

[...] mientras el periodismo en general se dedicaba a otros menesteres que en el mejor de los casos, como decía, no tenían nada que ver con la cultura²⁸.

²⁶ JIMÉNEZ LOZANO, José, “Valladolid, una ciudad sin historia propia”, *El Norte de Castilla*, 8-5-1986, p. 50.

²⁷ JIMÉNEZ LOZANO, José, “Un libro importante: Maragall y la Semana trágica, de Josep Benet”, *El Norte de Castilla*, 28-8-1966, p. 13.

²⁸ JIMÉNEZ LOZANO, José, “Ortega y nosotros”, *El Norte de Castilla*, 24-10-1965, p. 15.

De la mano de Ortega, afirmaba el total parentesco entre periodismo y literatura, al tiempo que señalaba la preeminencia de ésta. Sin mirarse en el buen hacer de su linaje, el periodismo correría el riesgo de convertirse en un asunto de poca categoría. Formulaba con claridad cuál era su propósito cuando escribía en periódicos, lo que nos remite a la pregunta sobre el acceso a la profesión periodística:

Por lo demás confieso que he querido algo así como abrir la ya inercial inapetencia hispánica, y desde luego, la del lector de periódicos de cualquier parte del mundo, por libros que no disimulan su envergadura intelectual, pero que, al hacerlo, así ahuyentan “sin quererlo” a toda una serie de inteligentes lectores que encontrarían en ellos una problemática que es la suya y que buscan en vano en otros lugares²⁹.

Como resumen de los artículos publicados en “Las Artes y las Letras”, puedo señalar que se detectan unas características –calidad de la escritura, riqueza de argumentación, ascendencia cultural francesa, recurso a la historia– junto a unos grandes intereses temáticos –especificar las virtudes que le corresponden a todo hombre pero de manera especial al pensador, la ayuda que se encuentra en la vivencia auténtica de la fe cristiana, la denuncia de ideologías fraudulentas–. Estos manifiestan la causa que llevó al autor a enviar escritos a *El Norte de Castilla*. No era la actualidad periodística local, nacional o internacional. Su afán desbordaba la contingencia del papel periódico dotándole de contenidos más permanentes que apuntaban a un desarrollo posterior y remitían más al papel de la literatura o el ensayo.

2. “Ciudad de Dios” (1959-1965)

Tres años después de publicar su primer artículo en el diario vallisoletano, a José Jiménez Lozano se le concedió un privilegiado espacio: una columna en la última página del periódico en la que dejó más de 60 colaboraciones. A lo largo de ocho años, su firma se hizo familiar a los lectores y la fuerza de su escritura no les pasó inadvertida:

Lozano llevaba entonces una sección semanal, titulada “Ciudad de Dios”, en la última columna del periódico, que desde un principio se hizo con muchos adeptos. En el seno del catolicismo mate de aquel momento his-

²⁹ JIMÉNEZ LOZANO, José, “Al margen de los libros. Extraordinaria lección de Garagorri sobre filosofía española”, *El Norte de Castilla*, 10-11-1968.

tórico, el nuevo sentido de las cosas, que Pepe aportaba, removió las conciencias ciudadanas, provocó pequeños escándalos fariseos³⁰.

También quedó reflejado en el propio periódico:

Muchas cartas le han dirigido considerándole unos como hereje, pero la mayoría felicitándole, otros con la dirección de “reverendo padre” porque no entienden que no se necesita ser clérigo para ser cristiano³¹.

El joven colaborador quería ofrecer escritos para ayudar a que “el mundo fuera menos malo”,

ese mundo que queda diseñado en el Evangelio, entonces no hay más remedio que gritar contra muchas cosas que están pasando por cristianas y que son paganísimas por más bendiciones que queramos echar sobre ellas. [...] y no dejar perder el temperamento cristiano, el sentido de la indignación y la cólera cristiana contra todo lo falso y lo cómodo³².

Sus palabras fueron como gritos de denuncia, una sacudida moral a una sociedad a la que acusaba de espíritu burgués y comodón, acompañado por destellos de impaciencia y rebeldía propia de su juventud. El título “Ciudad de Dios” lo tomó de la homónima obra de San Agustín en la que el gran filósofo estudiaba las relaciones que debería existir entre la política, es decir el gobierno del mundo, y Dios. El nombre era familiar a los lectores pues, a principios del siglo XX, España era un pueblo católico³³. El catolicismo no sólo era su credo, sino que su cultura estaba transida de religiosidad en todos

³⁰ Cfr. DELIBES, Miguel, *Pegar la hebra*, Destino, Barcelona, 1990, pp. 121-130.

³¹ PÉREZ PELLÓN, Javier, “Reseña sobre *Un cristiano en rebeldía*”, *El Norte de Castilla*, 3-1-1964.

³² JIMÉNEZ LOZANO, José, “Ciudad de Dios”, *El Norte de Castilla*, 17-1-1960, contraportada.

³³ “[A principios del siglo XX] España era un país católico. Por eso no es raro que el catolicismo interesara a muchos intelectuales. No pocos de ellos (como Falla o Gaudí) profesaban sinceramente esa religión. Culto y prácticas religiosas jalonaban la vida social del país; y diversas instituciones eclesásticas atendían [...] las necesidades educativas primarias y secundarias. Además, del mundo católico surgieron a comienzo de siglo iniciativas y esfuerzos culturales estimables: universidades, asociaciones, diarios, sindicatos, nuevas fundaciones, etc.”. PÉREZ LÓPEZ, Pablo, “Religión y cultura en la España del siglo XX. Intelectuales, Estado y pueblo”, en PELLISTRANDI, Benoît (coord.), *L'histoire religieuse en France et en Espagne: colloque international*, Casa Velázquez, Madrid, 2004, p. 456.

los niveles, desde el calendario a las tradiciones culinarias³⁴. Aunque esa catolicidad podía ser en ciertos aspectos algo adjetivo al ser español, lo sustantivo primaba en su identidad³⁵.

Describir estas coordenadas culturales resulta pertinente para entender el humus en el que nacieron los primeros artículos. Las referencias a temas religiosos era algo común en aquella España. Pero lo que preocupaba a José Jiménez Lozano era la actualidad en la que se incardinaba. Los asuntos de los que escribió fueron los de la “Ciudad” pero bajo el prisma “de Dios”, es decir, cristiano, y los escribía no desde la tribuna de la autoridad religiosa, sino la del hombre de a pie a quien le preocupaba la marcha de la sociedad y sugería para su buen desarrollo, que ésta se guiase por los principios cristianos. Coincidió, además, que el mundo occidental se veía atravesado por un importante evento: el Concilio Vaticano II. La envergadura del acontecimiento no sólo alcanzaba a cuestiones internas de la Iglesia Católica, sino que se desbordaba en múltiples consecuencias. Por ello, cuando escribía sobre lo que allí se dirimía, no lo hacía en un tono religioso. Miraba a la sociedad española, que permanecía inmersa en unos esquemas esclerotizados de catolicismo oficial propiciados desde el gobierno y de algunos sectores eclesiásticos durante la posguerra. Era de ella de quien hablaba y a quien exigía un cambio de mentalidad. Se requería la apertura y el desligue e independencia entre Iglesia y Estado.

Tres fueron las líneas temáticas de estos artículos. La referida a España criticaba su intolerancia hacia la apertura iniciada por el Concilio y propugnaba la separación entre el ámbito religioso y el de la política. Con la segunda manifestaba su profunda convicción de la superioridad del cristianismo sobre las ideologías. En tercer lugar se colocaba en un posicionamiento independiente de las posturas progresistas y las conservadoras. Aunque criticó a ambas, él fue tachado en aquellos momentos, de progresista.

³⁴ Como se tratará en un capítulo más adelante, Jiménez Lozano dará cuenta con frecuencia de este sintomático hecho de la imbricación de la cultura religiosa y gastronómica. Cfr. JIMÉNEZ LOZANO, José, *Libro de la gastronomía de Castilla y León*, El Norte de Castilla, Valladolid, 1992.

³⁵ “[...] se considera que lo más valioso de las aportaciones católicas fueron iglesias como la Sagrada Familia de Gaudí o la música religiosa. No parece aventurado afirmar que se está dispuesto a reconocer validez a las producciones culturales de matriz católica siempre que no supongan una reflexión con consecuencias para la ordenación de la cosa pública. Valen como ornato, pero no como esqueleto”, PÉREZ LÓPEZ, Pablo, *op. cit.*, p. 457.

2.1. Un país pertrechado de fronteras ideológicas

Manifestó su tristeza por la mentalidad mezquina con la que se estaba recibiendo en España el mensaje de apertura del Concilio Vaticano II. Se temían las novedades y mientras en Roma se hablaba de respeto a la libertad religiosa del hombre, en España estas palabras se recibían casi como una amenaza.

Advertencias contra los terribles peligros de la libertad y la tolerancia religiosa, la prudencia que debe tener el Concilio en este aspecto, porque “España es diferente”.

[...] Dios sabe por qué oscuras conspiraciones y tejemanejes “judeomasónicos” que creo que es como se dicen estas cosas³⁶.

Aprovechaba noticias lejanas para mostrar a la sociedad su postura de cerrazón. Cuando en 1964 Pablo VI viajó a la India, los integristas hinduistas se consideraban invadidos por otra religión y otra cultura. Este hecho le sirvió para conducir el agua a su molino: no había que escandalizarse de ello porque lo mismo estaba sucediendo en España, donde muchos fanáticos se alegraban de que se hubiese postergado la *Declaración Conciliar sobre la Libertad Religiosa* y mantenían la esperanza de que no se publicase³⁷. Su actitud fue la contraria. En sus escritos se descubre cómo admiraba, de manera particular, a los cristianos protestantes y hacía hincapié en lo que les unía a los católicos. No resulta baladí subrayar el título que eligió, “Nuestros hermanos protestantes”, para el artículo que escribió en 1965, durante el Octavario por la Unidad de los Cristianos³⁸.

Pienso con emoción en nuestros hermanos protestantes españoles y me ha admirado el oírles rezar con todo amor y humildad para que en todo se cumpla la voluntad del Padre y no tratar de forzar las cosas para que se adelante ni un solo minuto incluso lo que tanto desean como es el Estatuto prometido. Soy testigo de excepción de este espíritu verdaderamente cristiano y quiero dejar constancia pública de él³⁹.

³⁶ JIMÉNEZ LOZANO, José, “Un cardenal para los protestantes”, *El Norte de Castilla*, 31-7-1964, p. 10.

³⁷ JIMÉNEZ LOZANO, José, “Los integristas de la India”, *El Norte de Castilla*, 27-11-1964, p. 10.

³⁸ Se trata de una semana que la Iglesia Católica dedica a la oración para que se alcance el deseo de unidad entre las diferentes confesiones cristianas y que se celebra durante el mes de enero, en torno a la festividad de la Conversión de San Pablo.

³⁹ JIMÉNEZ LOZANO, José, “Nuestros hermanos protestantes”, *El Norte de Castilla*, 22-1-1965, contraportada.

El mismo talante mostró hacia los judíos. En abril de 1965 se concedió, a título particular, un estatuto legal a la comunidad judía de Madrid. Se alegraba de ello, al mismo tiempo que deseaba que sucediese pronto con la protestante, pues era una muestra de que la tolerancia entre las religiones no había sido ajena a la historia de España. “Todo lo cual quiere decir que la madurez de nuestro pueblo para vivir en un mundo pluralista sin peligro alguno especial para su sentimiento religioso, es muy vieja”⁴⁰.

Parecía que de algún modo comenzaba a diluirse una campaña de descalificaciones y prejuicios que se habían levantado contra ellos y que había sido pergeñada a través del burdo intento de negar el holocausto judío. Esta había sido montada a través de publicaciones, al estilo de *Los protocolos de los sabios de Sión*. A pesar de ser una obra del siglo XIX, se estaba recomendando en esos momentos en España. En ella se sostenía la tesis de la existencia de un plan de los judíos para dominar el mundo. Nuestro autor lo calificaba como “una de las grandes estafas históricas y literarias [...] con la que se sembraban sentimientos antisemitas”⁴¹. Al tiempo que mostraba repugnancia hacia este tipo de calumnias y trapisondas –informaba sobre cómo el libro respondía a una vieja estrategia montada por el general Rachkovsky en la Biblioteca Nacional de París entre 1897 y 1898– le parecía mentira que todavía hubiese que explicar a los cristianos que no se podía ser antisemita. Incluso algunos pretendían poner a la Iglesia de su parte en este rechazo a los judíos. “[Presentan a Pío XII como] antisemita y pronazi, que no lo han dicho de él ninguno de sus enemigos porque sería deformar la historia de manera harto calumniosa y cínica”⁴².

Contra este argumento absurdo recordó un testimonio sobre Pío XII realizado por un antiguo deportado durante el nazismo, el Padre Riquet: “Intentó llamar al sentimiento o a la inteligencia de los dirigentes nazis, se encontró con una puerta que nadie podía abrir”⁴³.

Pero lo sangrante, a su juicio, era la resistencia que se había levantado al conocerse el anuncio de Pablo VI de la puesta en marcha de un Comité contra los prejuicios antijudíos. “El católico español no informado es todavía víctima de muchos prejuicios y de muchas confusiones y hay quienes por lo visto todavía están dispuestos a jugar con todo esto para hacer política y sembrar odios y desconcierto”⁴⁴.

⁴⁰ JIMÉNEZ LOZANO, José, “Una hora de España”, *El Norte de Castilla*, 23-4-1965, p. 12.

⁴¹ JIMÉNEZ LOZANO, José, “Otra vez los judíos”, *El Norte de Castilla*, 10-7-1964, p. 12.

⁴² *Ibidem*.

⁴³ *Ibidem*.

⁴⁴ *Ibidem*.

Esas reacciones mostraban una sociedad anquilosada en una vivencia que pertenecía ya al pasado. La actitud de estar prevenido contra lo ajeno cabalgaba desde el siglo XIX⁴⁵ y se había acuciado hasta el paroxismo con el estallido de la intolerancia total: la guerra⁴⁶.

Para mantenimiento del statu quo del Régimen se fomentaba esa mentalidad que encontraba raíces en miedos atávicos⁴⁷. De manera no inocente, se le agregaban grandes dosis de ideología política “progresista, que es un adjetivo que está dando muchos resultados aquí entre nosotros, casi como el de brujo o bruja en otras época”⁴⁸.

Así lo reflejaban las reacciones desatadas ante un nuevo documento papal. Un rotativo madrileño afirmaba que en dicho documento se hacía referencia a la izquierda de la democracia cristiana, cosa que Jiménez Lozano negaba: “Ya hemos comenzado por lo visto a utilizar la reciente encíclica papal para apoyar como siempre los particulares puntos de vista políticos”⁴⁹.

Estaba consolidado un modo obtuso de recibir las noticias lo que se traducía en que, hechos de exclusivo contenido religioso –que Pablo VI celebrara la Misa según las nuevas formas litúrgicas– daban lugar a lecturas en clave política de derecha o de izquierda⁵⁰. Ante el calificativo de cristiano progresista, que comenzaba a utilizarse con profusión, nuestro autor advirtió de lo inapropiado que resultaba aplicar dichas categorías en el ámbito de la Iglesia.

⁴⁵ “Hay en el alma occidental una difícil veta intolerante [...] que lleva a eliminar aquello cuya mera existencia es un recordatorio de actitudes ajenas a las propias”. ANDRÉS-GALLEGO, José, PAZOS, Antón, *La Iglesia en la España contemporánea*, Ediciones Encuentro, Madrid, 1999, p. 13. Véase la explicación sobre la intolerancia universal y el odio como estigma del siglo XX, en la p. 19 y ss

⁴⁶ “Este estallido de odio no nació de la nada. De antiguo, las dos actitudes militantes (la católica y la anticatólica) se definían por su irreconciliabilidad y eso hacía más peligroso su avance. Las dos –en España como en el resto de Occidente– se presentaban no sólo como la panacea, sino como una solución fundada en la negación de la otra”. ANDRÉS-GALLEGO, José, PAZOS, Antón, *op. cit.*, p. 19.

⁴⁷ “À un moment et à un lieu donnés, l’expérience d’une même manière de sentir permet aux membres d’une communauté particulière de penser leur identité collective. [...] cette manière culturelle de sentir est une façon de marquer sa différence d’avec les autres; ces ‘autres’ présents ou absents, réels ou fantasmés, étrangers ou endogènes et, a quelque niveau que ce soit, sont porteurs d’une menace”. JEUDY-BALLINI, Monique y VOISENAT, Claudie, “Etnographeur la peur”, *Terrain*, n° 43, Septembre 2004, p. 6.

⁴⁸ JIMÉNEZ LOZANO, José, “Otra vez los...”, *op. cit.*, p. 12.

⁴⁹ JIMÉNEZ LOZANO, José, “Sobre la Encíclica”, *El Norte de Castilla*, 21-8-1964, p. 12.

⁵⁰ JIMÉNEZ LOZANO, José, “Obediencia y apertura”, *El Norte de Castilla*, 2-4-1965, contra-portada.

El mismo Papa ha expresado que esos valores de libertad, fraternidad e igualdad que llevó consigo la Revolución francesa eran valores cristianos y además porque aun suponiendo que esos valores fueran puramente ateos, el propio Pontífice ha recogido en esta Encíclica “*Ecclesiam Suam*”, que al cristiano nada de lo humano puede serle indiferente y que todos los valores humanos deben ser asumidos por el cristianismo. [...]. Lo que aportó esa revolución es ya patrimonio de toda la humanidad y la revolución misma una página vuelta irreversiblemente en la historia de esa humanidad⁵¹.

Tema recurrente en sus escritos fue el de la separación entre la Iglesia y el Estado, asignatura que se encontraba pendiente en España. Subrayaba que había llegado el momento de no utilizar a la Iglesia para los propios intereses: “Los poderosos de este mundo, que no comulgan con las ideas democráticas, se sienten nostálgicos de aquellos buenos tiempos en que controlaban también a la Iglesia”⁵².

Era una tendencia muy arraigada: cuando se querían resolver asuntos propios del gobierno político, se buscaba en las instancias eclesíásticas alguna respuesta dogmática sobre la bondad o maldad del derecho a la huelga, de regentar colegios, etc. Criticaba esa falta de madurez, de criterio propio, de no saber o no querer tomar las propias decisiones y actuar con la correspondiente responsabilidad. La exigencia de una real separación de los dos ámbitos, la manifestó también en otros artículos aunque su punto de partida no fuera la doctrina conciliar. Así ocurrió a propósito de la película *Becket o el honor de Dios*, que alabó por su belleza y su respeto a la realidad histórica, y porque planteaba problemas vitales como eran los de las relaciones de la Iglesia con el gobierno de las cosas terrenas y, por consiguiente, los peligros de la teocracia, del cesaropapismo⁵³ y del clericalismo. “Esta palabrita de clericalismo está desgraciadamente teñida de política”⁵⁴, decía.

Había que dar pasos para abrir las mentes y proceder a dotar de status laico a ciertos organismos, como se había hecho con la Confederación de Trabajadores Cristianos, para que los ciudadanos tomaran las opciones políticas que creyesen necesarias, sin mezclar en ellas el nombre de Cristo. Así le habló a la Juventud Obrera Católica (JOC), cuando se concedió el capelo car-

⁵¹ JIMÉNEZ LOZANO, José, “Sobre la ...”, *op. cit.*, p. 12 .

⁵² JIMÉNEZ LOZANO, José, “El Concilio vota deprisa”, *El Norte de Castilla*, 25-9-1964, p. 12.

⁵³ JIMÉNEZ LOZANO, José, “Becket o el honor de Dios”, *El Norte de Castilla*, 12-2-1965, p. 16.

⁵⁴ JIMÉNEZ LOZANO, José, “Ciudad de Dios”, *El Norte de Castilla*, 8-1-1960, p. 12.

denalicio a José Cardijn, su fundador⁵⁵. Se alegró con ese nombramiento que serviría para acallar las voces de quienes se atrevieron a insultarle y calificarle de progresista. De forma habitual, en sus críticas evitaba señalar con nombre y apellidos a los criticados pero, esta vez, sí lo hizo. Con el calificativo del triste libro, habló de la obra de Michel de Saint-Pierre, *Los nuevos curas*. Muchas personas esperaban de la JOC, una labor muy distinta de la que llevó a cabo, “una especie de escuela de domesticación obrera para que el mundo obrero o por lo menos el obrero cristiano se tornase dócil y humildito sin crear problemas sociales de ningún tipo”⁵⁶.

La realidad había sido muy distinta y desde aquella plataforma, se despertaron las conciencias y las voces de muchos.

2.2. Superioridad del cristianismo sobre las ideologías

Los artículos de índole religiosa aumentaron durante el Concilio Vaticano II. Algunos de ellos se centraron en glosar algunos de sus resultados: la libertad religiosa, el levantamiento de los anatemas, el fin del Índice, la rehabilitación pública de algunas personas que habían sido censuradas, como por ejemplo la psiquiatra holandesa M^a Teresa Teruwe, a quien se reconoció su catolicismo y su espiritualidad por encima del pensamiento que desarrollaba⁵⁷. José Jiménez Lozano mostró un gran entusiasmo al conocer todas esas noticias pues entendía que, en su devenir histórico, la Iglesia necesitaba renovarse. Por ello, otras cuestiones internas como el estudio que se realizaba para reformar el papel de la curia romana con objeto de limitarla a un papel administrativo, o la idea de un consejo episcopal a nivel mundial, eran señales de que las cosas estaban funcionando en la Iglesia: “Y en realidad ha sido a la Curia a la que se le está quitando la ‘capa magna’ de su magno poder,

⁵⁵ Para el estudio de la JOC véase ANDRÉS-GALLEGO, José, PAZOS, Antón, *op. cit.*, p. 89 y p. 154 y ss; CASTAÑO COLOMER, José, *La JOC en España, 1946-1970*, Sígueme, Salamanca, 1978; ARNOLD-PLA, A.M., *Contribution à l'étude du mouvement ouvrier espagnol sous le franquisme, 1945-1975*, Nancy, 1983; BELDA, Rafael, “La Iglesia y el sindicalismo vertical: Iglesia y sociedad en España, 1939-1975”, en URBINA, F., DUATO, A., MARTÍ, C. y otros, *Iglesias y sociedad en España. 1939-1975*, Editorial Popular, Madrid, 1977, pp. 207-239; LÓPEZ GARCÍA, B., “Discrepancias y enfrentamientos entre el Estado franquista y las asociaciones obreras católicas”, *Anales de la historia contemporánea*, IV, 1985, pp. 259-282 y V, 1986, pp. 177-187.

⁵⁶ JIMÉNEZ LOZANO, José, “Un cura ‘progresista’”, *El Norte de Castilla*, 12-3-1965, p. 16.

⁵⁷ JIMÉNEZ LOZANO, José, “Un médico en el ‘Índice’”, *El Norte de Castilla*, 14-5-1965, p. 14.

mientras a los cardenales sólo les hace un tanto más barata la factura de su traje talar”⁵⁸.

Lo que se desprende de muchos de estos artículos es el profundo convencimiento que tenía sobre el papel de la Iglesia como fundamento para la buena marcha de las instituciones sociales. Subrayó el aporte positivo del cristianismo y hasta organismos como las Naciones Unidas –que estaban en el candelero de la actualidad por sus intentos de resolver los conflictos mundiales–, le sugerían la referencia cristiana. Si en el mundo contemporáneo la ONU intentaba erigirse en el conciliador de los pueblos, esta labor había sido ejercida ya mucho antes por la Iglesia. Así recordó la doctrina desarrollada por varios Concilios –desde el de Chanou celebrado en el año 939– que habían lanzado sanciones de la excomuniación contra los señores feudales que utilizaban la guerra y que para solucionar sus diferencias cometían un sinfín de tropelías de las que eran víctimas los campesinos. O la institución “La paz de Dios” que prohibía la venganza personal e instaba a que las quejas contra el otro se expusieran delante de la iglesia, del obispo y el conde. O posteriormente la “Tregua de Dios”, por la que nadie podía cometer violencias desde el miércoles por la tarde hasta la mañana del lunes, durante los tiempos de cuaresma y adviento. “La región entera se quedaba en entredicho y hasta la vida diaria de ella quedaba paralizada. Es más, se formó una especie de ejército de “cascos azules” o “soldados de la paz” para imponer esta por la fuerza”⁵⁹.

Precisamente era la ausencia de valores religiosos o la infiltración de aspectos ajenos a ellos, la que explicaba la vuelta a la violencia y a la intolerancia,

algún diablo sopló al oído de aquellos hombres este sutil silogismo”: se interpretó que un cristiano no podía matar a otro cristiano, pero sí a un pagano... y se estaba a las puertas de las Cruzadas. [...] Dios quiera que hoy, otro diablo como aquel, no nos haga las mismas sugerencias y que cedamos a ellas⁶⁰.

En la actualidad sucedía otro tanto, como comentó en el artículo “La tercera guerra mundial”⁶¹. Pablo VI había lanzado al mundo, de modo especial

⁵⁸ JIMÉNEZ LOZANO, José, “Cinco metros de seda escarlata”, *El Norte de Castilla*, 5-2-1965, contraportada.

⁵⁹ JIMÉNEZ LOZANO, José, “Ciudad de Dios”, *El Norte de Castilla*, 16-11-1962, contraportada.

⁶⁰ *Ibidem*.

⁶¹ JIMÉNEZ LOZANO, José, “La tercera guerra mundial”, *El Norte de Castilla*, 7-5-1965, p. 14.

a las grandes potencias, un mensaje de paz. Corría el año 1967 y la encíclica *Mense Maio* salía al paso de los numerosos síntomas que hacían temer un nuevo enfrentamiento mundial.

Jiménez Lozano mostraba, de modo inequívoco, su convencimiento sobre la verdad que se encontraba en la doctrina religiosa. Los artículos no fueron, sin embargo, una mera apología de esa convicción. Se entretuvo especificando las actitudes propias del cristiano como, por ejemplo, la alegría ante las cosas de este mundo⁶² y el sentido del humor para relativizar los distintos avatares de la vida, como glosaba cuando se conoció la noticia de que un obispo se había autoproclamado como el papa Clemente XV. Recomendaba no tomarse aquello en serio: ni la original iniciativa iba a progresar, ni haría daño al catolicismo. Tener miedo ante ese tipo de asuntos demostraría que se tenía muy poca formación religiosa y eso era lo que estaba pidiendo a los católicos españoles a través de todos sus escritos⁶³.

En algunos artículos abandonó la referencia a España y sus reflexiones sobre el cristianismo adquirieron un matiz más universal. Le daba pie para ello los momentos religiosos del año, como el Viernes Santo. En abril de 1961, ante el recuerdo de la crucifixión de Jesús de Nazareth, publicaba unas consideraciones sobre el mal que anida dentro de cada hombre y que le hace capaz de gritar la muerte contra el prójimo, como lo hizo aquella muchedumbre dos mil años atrás: “Basta aguzar el oído para oír respirar, ahí cabe a nosotros, a la bestia del odio que ronca bien alimentada y cuidada en tantos corazones”⁶⁴.

La reflexión de esos días versaba también sobre la imposibilidad, para un cristiano, de tener enemigos. El odio era algo que no encajaba en él y, sin embargo, comprobaba que muchos se permitían cultivar enemistades, incluso con personas de su propia fe, pues observaba las críticas a algunos sacerdotes por parte de quienes no estaban conformes con lo que hacían. Frente a estas actitudes negativas, ensalzaba la de quienes habían sabido vivir según la norma de la caridad cristiana, uno de ellos Charles Foucault, un hombre que transmitía a Dios y sabía estar entre los más pobres⁶⁵. “Y las lecciones de la Cruz que nos harían ya para siempre inclinar la cabeza ante cada dolor propio o ajeno, con una aceptación, por eso no menos terrible”⁶⁶, añadía.

⁶² JIMÉNEZ LOZANO, José, “La ceniza y la llama”, *El Norte de Castilla*, 5-3-1965, p. 12.

⁶³ JIMÉNEZ LOZANO, José, “Un sentido del humor”, *El Norte de Castilla*, 29-1-1965, p. 12.

⁶⁴ JIMÉNEZ LOZANO, José, “Las muertas primaveras”, *El Norte de Castilla*, 15-4-1965, p. 12.

⁶⁵ JIMÉNEZ LOZANO, José, “Lectura de Cuaresma”, *El Norte de Castilla*, 26-3-1965, p. 12.

⁶⁶ JIMÉNEZ LOZANO, José, “Las muertas...”, *op. cit.*, 15-4-1965, p. 12.

En tiempos de especial dificultad en la sociedad, la vida de una simple religiosa o la de un sacerdote, habían sobresalido por su fuerza de amor y de santidad.

Pero todo esto es la historia externa de los hombres. No indiferente, ciertamente, pero tampoco la más profunda. Lo más profunda se juega siempre en otro campo y al pasar los años comprobamos que figuras como la de Vicente de Paúl o la de la Madre Sacramento resume por sí solas una época⁶⁷.

También la actualidad traía ejemplos similares, como la noticia de la repentina muerte del cura de una cárcel, que se le antojó como un símbolo de la actitud cristiana y que resumió en un artículo muy bello

me parecen un símbolo maravilloso de un deber elemental cristiano: el de que el cristiano debe cargar con todo el sufrimiento que hay en el mundo: morir con los que mueren, encanecer a fuerza de beber toda la injusticia y todo el desamor, todo el agua de iniquidad que hay en el mundo⁶⁸.

No se acobardaba para señalar cuáles eran los tesoros del cristiano: una fuerte exigencia, como habían demostrado poseer sus más antiguos predecesores: “Sabemos que el lugar natural de un cristiano es la catacumba, la cárcel, el destierro, la prohibición, la sangre”⁶⁹.

Palabras que poseen diferente resonancia según las épocas. En aquella, eran de llamada a separar los ámbitos religioso y político, de no beneficiarse de la confesionalidad del Estado y de actuar según el dictamen de la propia conciencia.

2.3. *Ni progresista ni conservador*

Como ya se ha indicado, su afilada pluma no dejó indiferentes a los lectores, en estos inicios de su labor periodística. Junto a las alabanzas que fue recibiendo y a las que se hacía referencia al principio de este epígrafe, se sucedieron las críticas y hasta el envío de anónimos de los que él mismo dejó constancia.

⁶⁷ JIMÉNEZ LOZANO, José, “La misión de la Madre Sacramento”, *El Norte de Castilla*, 4-6-1965, p. 12.

⁶⁸ JIMÉNEZ LOZANO, José, “Ciudad de Dios”, *El Norte de Castilla*, 16-3-1962, p. 12.

⁶⁹ JIMÉNEZ LOZANO, José, “Ciudad de Dios”, 8-1-1960, p. 12.

Algo delirante, sin pies ni cabeza, de una deficiencia mental que causa pena, pero lleno de odio también. Naturalmente se me llama progresista, se grita en él contra el ecumenismo como si yo fuese responsable de este espíritu hoy ya definitivamente incorporado a la doctrina católica, se grita contra los judíos y últimamente se me acusa de calumniar al Santo Padre Juan XXIII, de tergiversar su figura. También de ser algo así como el apoderado del señor Kruchef, “carnicero de Satanás”, que son unos conceptos y un lenguaje que ahora están poniendo de moda ciertas panfletarias revistas⁷⁰.

Tras confesar que su primera reacción había sido de lástima y de desprecio, acusaba también la angustia que le producía saber que pudiera existir gente que actuase de ese modo. Quizá le dio miedo la labor de carcoma que la crítica pudiera producir en él y por ello dejó escrito que entendía muy bien que Teilhard de Chardin, cuando se sintió tan calumniado, pidiera a un amigo suyo que rezara a fin de que no muriese amargado por esa crítica.

En lo concerniente a los conceptos de tradición y novedad, que se alzaron entonces como categorías indispensables para el conocimiento, se explayaba de manera manifiesta al decir que “lo que pasa por tradicional es solamente de ayer mismo, mientras la auténtica tradición pasa hasta por ser una terrible novedad”⁷¹.

No quería decantarse con ninguno de esos extremos y en la aparente contradicción de sus palabras, se situaba en ambos a la vez.

Si hasta entonces criticó el miedo de los españoles frente a las novedades, lo que podría ser equivalente a criticar las actitudes conservadoras, llegó el momento en el que denunció los excesos de las posturas de izquierda. Comentaba lo que había ocurrido durante una reunión de socialistas en la que se hablaba de cómo sería el mundo cuando se implantaran la sociedad socialista, en la que no existiría la injusticia ni el dolor: “André Malraux preguntó: ‘¿Y si un tranvía atropella a un niño?... En una empresa de transportes perfectamente socializada no habrá accidentes’. Pero no convenció a nadie. Hace falta la fe para responder”⁷².

⁷⁰ JIMÉNEZ LOZANO, José, “La paz y la alegría”, *El Norte de Castilla*, 8-1-1965, contraportada.

⁷¹ JIMÉNEZ LOZANO, José, “Servir la alegría de los otros”, *El Norte de Castilla*, 17-6-1965, p. 14.

⁷² *Ibidem*.

Estaba marcando el terreno desde el que debería promoverse toda acción humana. Un lugar situado más allá de las fronteras ideológicas, en el interior del hombre guiado por una visión trascendente de su vida.

Una acción política, cada día más perfecta, irá arrancando cada vez más de la tierra la miseria y el dolor producidos gratuitamente por tanta injusticia económica como hay en el mundo, pero la caridad siempre será necesaria y es insustituible [...].

Pero este infierno no podrá ser ahorrado a los hombres por ningún medio humano, por ninguna acción política, sólo por el testimonio del fraternal amor cristiano⁷³.

El convencimiento de la ineficacia de las posturas venidas desde la izquierda del espectro político lo expresó de modo más radical cuando venían sazoadas con propuestas de ateísmo. Calificó, como utópico el Informe Illitchev que pretendía erradicar la religión y sustituirla por la formación científica⁷⁴. Conviene reiterar que esta crítica no significaba el apoyo a las posturas opuestas, las conservadoras o las capitalistas. Lo expresó de manera clara en muchos artículos. Cuando escribió sobre el liberalismo no lo hacía desde el punto de vista político o económico, sino como una actitud de la persona frente a los problemas de la sociedad. Defendía el modo de ser liberal y por ello afirmaba que, a quien tenía que tener miedo la sociedad española, era a los cristianos liberales que se ocupaban de ayudar al prójimo y de este modo contradecían la tesis que propugnaban aunar capitalismo y cristianismo⁷⁵.

Con el empleo del término “cristiano liberal” se puede percibir que pretendía matizar entre los diferentes modos de vivir el hecho de ser cristiano. Esta diferencia la fue desglosando, por un lado, desde la vertiente negativa, denigrando todo aquello que consideraba inapropiado de tal concepto, como la frivolidad y la parafernalia con la que se vivían las celebraciones de las Primeras Comuniones⁷⁶; o, a raíz de que el Papa concediera la indulgencia plenaria al hecho de trabajar, criticaba el concepto tan burgués que los cristianos habían tenido del trabajo; o la tardanza de los católicos para preocuparse por la suerte de los obreros pues sólo después de que los socialistas institucionalizaron el día del trabajo, la Iglesia le había otorgado un carácter religioso. Con ironía añadió que esa santificación iba acompañada de “algunas

⁷³ *Ibidem*.

⁷⁴ JIMÉNEZ LOZANO, José, “El cadáver del ateísmo”, *El Norte de Castilla*, 17-4-1964, p. 10.

⁷⁵ *Ibidem*.

⁷⁶ JIMÉNEZ LOZANO, José, “Las dos comuniones”, *El Norte de Castilla*, 8-5-1964, p. 10.

ideas muy burguesas⁷⁷”, como había sido elaborar una tarta específica a la que se había denominado de San José Artesano.

3. El escritor-periodista

José Jiménez Lozano había enviado su primer artículo a *El Norte de Castilla* en 1956. Sin ser consciente de ello, se había introducido por un camino que le conduciría a descubrir su modo de estar en la sociedad, su instalación profesional. La fuerza de aquellas letras suyas en “Las Artes y las Letras”, mostradas después desde la contraportada del periódico en “Ciudad de Dios”, fueron calando en el periódico, que comenzaba a fijar los ojos en él. Los vericuetos misteriosos del destino hacían que sus trayectorias coincidiesen en una coyuntura favorable para ambos. Jiménez Lozano abandonaba el sueño estudiantil de ser juez. *El Norte de Castilla* se beneficiaba del nombramiento de Miguel Delibes como director y de las iniciativas que puso en marcha, para las que contó con la valiosa ayuda de aquella joven pluma. El acceso al nombramiento de redactor de este vino dado por su propia personalidad: su inquietud por los asuntos que ocurrían en su mundo, por el juicio certero que sobre ellos lanzaba, por la profundidad con que lo hacía y por la calidad de su escritura. *A posteriori* realizó los estudios obligatorios de la extinguida Escuela Oficial de Periodismo, que exigían las leyes franquistas para ejercer como periodista contratado.

No escribía sobre política, algo que tampoco hacían otros periódicos, ni sobre economía u otros temas más coyunturales, pero, sin lugar a dudas, escribía a propósito de la actualidad. Denunciaba a su país, a la sociedad que le rodeaba, que en ese momento transitaba con mediocridad intelectual y actitud mojigata. El modo de trabajar no era ajeno al periodístico, pues conocía bien los temas que trataba: hacía referencias concretas a los personajes que debatían en las sesiones del Concilio, a las publicaciones aparecidas en otros países, basaba su argumentación en la que recogía de otras personas, etc. Incluso dejó entrever parte de su modo de trabajar basado en una minuciosa labor de recogida de datos. Todo ello habla del rigor y la seriedad de su trabajo. “Tengo idea de que fue Su Santidad Pío XII el que cortó la cola de la “capa magna” de los cardenales hace unos años, pero tendría que remover bastantes papeles de mi cuarto de trabajo para averiguar en cuántos centímetros⁷⁸”, comentó con ironía.

⁷⁷ JIMÉNEZ LOZANO, José, “Ciudad de Dios”, *El Norte de Castilla*, 1-5-1960, p. 10.

⁷⁸ JIMÉNEZ LOZANO, José, “Cinco metros de ...”, *op. cit.*, contraportada.

Los contenidos de sus primeros artículos me llevan a responder a la pregunta inicial sobre el acceso al periodismo: ¿por qué José Jiménez Lozano se convirtió en periodista? Las líneas argumentales de aquellos primeros años esbozan sus inquietudes: afán por saber y comunicar, defensa de las grandes convicciones. Dibujan también su retrato: alguien que rumia los asuntos, que se atreve a decir la verdad que ha encontrado, que no entra en lugares comunes si sigue las líneas dominantes de pensamiento, sino que las somete al juicio de la razón.

Los inicios periodísticos de José Jiménez Lozano, arrojan luz sobre el acceso a la profesión periodística. Desde el primer texto lleno de referencias a filósofos y escritores, pasó a vincularse con el diario toda la vida, del que acabó siendo el director. El periodismo precedió a la literatura. Las características de su futura escritura estaban ya contenidas en la prensa: calidad, fuerza, originalidad, riqueza de argumentos, ascendencia cultural francesa, citas de personajes cultos, recurso a la historia.

Bibliografía citada

- ANDRÉS-GALLEGO, José y PAZOS, Antón, *Histoire religieuse de l'Espagne*, Les Editions du Cerf, Paris, 1998.
- ARNOLD-PLA, A.M., *Contribution à l'étude du mouvement ouvrier espagnol sous le franquisme, 1945-1975*, Nancy, 1983.
- BELDA, Rafael, "La Iglesia y el sindicalismo vertical: Iglesia y sociedad en España, 1939-1975", en URBINA, F., DUATO, A., MARTÍ, C. y otros, *Iglesias y sociedad en España, 1939-1975*, Editorial Popular, Madrid, 1977, pp. 207-239.
- CASTAÑO COLOMER, José, *La JOC en España, 1946-1970*, Sígueme, Salamanca, 1978.
- DELIBES, Miguel, *Pegar la hebra*, Destino, Barcelona, 1990.
- JEUDY-BALLINI, Monique y VOISENAT, Claudie, "Etnographier la peur", *Terrain*, nº 43, Septiembre 2004, pp. 5-15.
- JIMÉNEZ LOZANO, José, *Libro de la gastronomía de Castilla y León*, El Norte de Castilla, Valladolid, 1992.
- JIMÉNEZ LOZANO, José, "Llanto junto al Arno. Responso para Giovanni Papini", *El Norte de Castilla*, 19-8-1956, p. 3.
- JIMÉNEZ LOZANO, José, "Demanda contra los cristianos. El testimonio de Simone Weil", *El Norte de Castilla*, 1-9-1957, p. 3.
- JIMÉNEZ LOZANO, José, "De la Quinta Avenida a la Encarnación de Ávila", *El Norte de Castilla*, 27-10-1957, p. 3.
- JIMÉNEZ LOZANO, José, "La fiesta de los 'guardadores del pan'. Diálogo de un santo y dos filósofos", *El Norte de Castilla*, 30-3-1958, p. 3.
- JIMÉNEZ LOZANO, José, "Los pioneros del cristianismo. La aventura del P. Teilhard de Chardin", *El Norte de Castilla*, 29-4-1958, p. 3.
- JIMÉNEZ LOZANO, José, "El hijo del trueno y la alegría. Recuerdo de Georges Bernanos", *El Norte de Castilla*, 6-7-1958, p. 3.
- JIMÉNEZ LOZANO, José, "En la muerte de Pío XII. El Papa y la aventura del intelectual cristiano", *El Norte de Castilla*, 19-10-1958, p. 3.
- JIMÉNEZ LOZANO, José, "Una vieja historia. Dos espíritus y su descendencia", *El Norte de Castilla*, 1-2-1959, p. 3.
- JIMÉNEZ LOZANO, José, "Nuestra stirpe de desvalidos", *El Norte de Castilla*, 23-6-1959, p. 3.
- JIMÉNEZ LOZANO, José, "Ciudad de Dios", *El Norte de Castilla*, 8-1-1960, p. 12.
- JIMÉNEZ LOZANO, José, "Ciudad de Dios", *El Norte de Castilla*, 17-1-1960, contraportada.
- JIMÉNEZ LOZANO, José, "Ciudad de Dios", *El Norte de Castilla*, 1-5-1960, p. 10.
- JIMÉNEZ LOZANO, José, "Un breviario de la esperanza", *El Norte de Castilla*, 6-10-1960, p. 3.
- JIMÉNEZ LOZANO, José, "San Galileo, mito y mártir", *El Norte de Castilla*, 16-4-1961, p. 3.
- JIMÉNEZ LOZANO, José, "Ciudad de Dios", *El Norte de Castilla*, 16-11-1962, contraportada.
- JIMÉNEZ LOZANO, José, "Ciudad de Dios", *El Norte de Castilla*, 16-3-1962, p. 12.
- JIMÉNEZ LOZANO, José, "El cadáver del ateísmo", *El Norte de Castilla*, 17-4-1964, p. 10.
- JIMÉNEZ LOZANO, José, "Las dos comuniones", *El Norte de Castilla*, 8-5-1964, p. 10.
- JIMÉNEZ LOZANO, José, "Otra vez los judíos", *El Norte de Castilla*, 10-7-1964, p. 12.
- JIMÉNEZ LOZANO, José, "Un cardenal para los protestantes", *El Norte de Castilla*, 31-7-1964, p. 10.
- JIMÉNEZ LOZANO, José, "Sobre la Encíclica", *El Norte de Castilla*, 21-8-1964, p. 12.

- JIMÉNEZ LOZANO, José, "El Concilio vota deprisa", *El Norte de Castilla*, 25-9-1964, p. 12.
- JIMÉNEZ LOZANO, José, "Los integristas de la India", *El Norte de Castilla*, 27-11-1964, p. 10.
- JIMÉNEZ LOZANO, José, "La paz y la alegría", *El Norte de Castilla*, 8-1-1965, contraportada.
- JIMÉNEZ LOZANO, José, "Nuestros hermanos protestantes", *El Norte de Castilla*, 22-1-1965, contraportada .
- JIMÉNEZ LOZANO, José, "Un sentido del humor", *El Norte de Castilla*, 29-1-1965, contraportada.
- JIMÉNEZ LOZANO, José, "Cinco metros de seda escarlata", *El Norte de Castilla*, 5-2-1965, contraportada.
- JIMÉNEZ LOZANO, José, "Becket o el honor de Dios", *El Norte de Castilla*, 12-2-1965, p. 16.
- JIMÉNEZ LOZANO, José, "La ceniza y la llama", *El Norte de Castilla*, 5-3-1965, contraportada.
- JIMÉNEZ LOZANO, José, "Un cura "progresista", *El Norte de Castilla*, 12-3-1965, p. 16.
- JIMÉNEZ LOZANO, José, "Lectura de Cuaresma", *El Norte de Castilla*, 26-3-1965, p. 12.
- JIMÉNEZ LOZANO, José, "Obediencia y apertura", *El Norte de Castilla*, 2-4-1965, contraportada.
- JIMÉNEZ LOZANO, José, "Las muertas primaveras", *El Norte de Castilla*, 15-4-1965, p. 12.
- JIMÉNEZ LOZANO, José, "Una hora de España", *El Norte de Castilla*, 23-4-1965, p. 12.
- JIMÉNEZ LOZANO, José, "La tercera guerra mundial", *El Norte de Castilla*, 7-5-1965, p. 14.
- JIMÉNEZ LOZANO, José, "Un médico en el "Índice", *El Norte de Castilla*, 14-5-1965, p. 14.
- JIMÉNEZ LOZANO, José, "La misión de la Madre Sacramento", *El Norte de Castilla*, 4-6-1965, p. 12.
- JIMÉNEZ LOZANO, José, "Servir la alegría de los otros", *El Norte de Castilla*, 17-6-1965, p. 14.
- JIMÉNEZ LOZANO, José, "Ortega y nosotros", *El Norte de Castilla*, 24-10-1965, p. 15.
- JIMÉNEZ LOZANO, José, "Un libro importante: *Maragall y la Semana trágica*, de Josep Benet", *El Norte de Castilla*, 28-8-1966, p. 13.
- JIMÉNEZ LOZANO, José, "Jaspers huye de Alemania", *El Norte de Castilla*, 7-1-1968, p. 15.
- JIMÉNEZ LOZANO, José, "Valladolid, una ciudad sin historia propia", *El Norte de Castilla*, 8-5-1986, p. 50.
- JIMÉNEZ LOZANO, José, "Al margen de los libros. Extraordinaria lección de Garagorri sobre filosofía española", *El Norte de Castilla*, 10-11-1968, p. 3.
- KOVADLOFF, Santiago, "Suplemento Cultura", *La Nación*, 20-7-2002, p. 1.
- LÓPEZ GARCÍA, B., "Discrepancias y enfrentamientos entre el Estado franquista y las asociaciones obreras católicas", *Anales de la historia contemporánea*, IV, 1985, pp. 259-282 y V, 1986, pp. 177-187.
- PÉREZ LÓPEZ, Pablo, "Religión y cultura en la España del siglo XX. Intelectuales, Estado y pueblo", en PELLISTRANDI, Benoît, (coord.), *L'histoire religieuse en France et en Espagne: colloque international*, Casa Velázquez, Madrid, 2004, pp. 453-469.
- PÉREZ PELLÓN, Javier, "Reseña sobre *Un cristiano en rebeldía*", *El Norte de Castilla*, 3-1-1964.